

# **NO HAY PAÍS**

**CRÓNICA POLÍTICA (Y SENTIMENTAL) DE ASTURIAS  
(1975-2022)**



**MECANOCLASTIA**

XUAN CÁNDANO

# **NO HAY PAÍS**

**CRÓNICA POLÍTICA (Y SENTIMENTAL)  
DE ASTURIAS (1975-2022)**

PRÓLOGO DE ÁNGELES CASO



## MECANOCLASTIA, 13

Primera edición en Hoja de Lata: noviembre del 2022  
Director de la colección Mecanoclastia: David Becerra Mayor

- © Xuan Cándano, 2022
- © del prólogo: Ángeles Caso, 2022
- © de la imagen de la portada: Iago Martínez Serantes, 2022
- © de la fotografía de la solapa: Iván García Fernández, 2022
- © de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2022
- © de las imágenes del collage de la portada:
  - «Tenemos que ser optimistas», Javier Bauluz
  - «Mujer en movilización por el caso La Manada», Imanol Rimada
  - «Bable a la escuela», Archivo Conceyu Bable
  - «Rodrigo Cuevas», Yoye

Hoja de Lata Editorial S. L.  
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]  
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayú  
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-18918-10-0  
Depósito legal: AS 02771-2022  
Impreso Sgraf, Meicende, A Coruña [España]



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

*A Luis Arias Argüelles-Meres (Lanio, 1957-2021),  
profesor y escritor, en libros y periódicos.*

*Buen amigo y colaborador en aventuras y proyectos, como este libro, del que iba a ser el autor. Finalmente, por la muerte prematura y dolorosa de Luis, lo fue quien iba a ser el prologuista.*



## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO.</b> El grid y la borrina	13
<b>NOTA DEL AUTOR</b>	21
El día de la muerte de <b>FRANCO</b>	25
1. Vuelve Rafael Fernández	33
2. Las elecciones del 77	45
3. Aparece el asturianismo político	55
4. Tarradielles era un mandao	65
5. Las broncas internas de conservadores y comunistas	71
6. Un confidente se hace con el PSOE	75
7. Los asaltos del nacionalismo asturiano	89
8. El felipismo	97
9. Susto y resaca del 23-F	103
10. El desencanto y la autonomía	113
11. La dignidad de Gerardo Iglesias	123
12. La patada a Rafael Fernández	133
13. Un poeta en la presidencia de Asturias	141
14. El poder mediático y <i>La Nueva España</i>	157

15. La Fundación, Asturias y la monarquía	173
16. Alarcos, Bueno y la inteligencia asturiana	185
17. Juan Cueto, un genio glocal	199
18. La Facultad de Económicas, escuela de formación de cuadros	203
19. Mujeres mineras y feminismo	209
20. El Castillo de Salas y la Asturias negra	217
21. El Petromocho, comedia local asturiana	231
22. Trevín, el no alineado del Oriente	259
23. El cainismo de la derecha asturiana	267
24. El fracaso del asturianismo político	279
25. El arecismo, grandeza y miseria	285
26. El gabinismo, éxitos e impunidades	301
27. Cascos vuelve a estrellar a la derecha	317
28. A Javier Fernández no le gusta la política	331
29. Villa y el fin del movimiento obrero	337
30. Adrián Barbón, la FSA se hace asturianista	349
Un <b>EPÍLOGO</b> nada wagneriano	359
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	376
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	379
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO</b>	381

Vosotros, que sois tierra  
y trueno y clarión,  
seréis aire y lluz  
d'un tiempu meyor.

Y namás por vosotros  
caltengo la fe  
nun tiempu meyor.

Del cantar *Un tiempu meyor*,  
Llan de Cubel (1999),  
letra de Fernando Álvarez-Balbuena.



## PRÓLOGO

### EL GRID Y LA BORRINA

**U**n grid. Eso es este libro, un gran grid, ya saben a qué me refiero, uno de esos mosaicos con centenares de caras que a veces alguien se toma el tiempo de montar, con paciencia infinita, para que el resto lo disfrutemos en nuestras pantallas.

Es lo que ha creado Xuan Cándano en *No hay país*. Hace muchos años que Xuan ejerce el periodismo en Asturias. Y siempre lo ha hecho como se supone que deben hacerlo los buenos periodistas: observa con una mirada lúcida todo lo que ocurre, conoce a fondo a los protagonistas, sabe de quién se puede fiar y de quién no, analiza las situaciones, ata cabos de esos que a veces resultan a simple vista invisibles, y después lo cuenta todo sin tapujos, con rigor, con sentido crítico y con el mayor de los compromisos que debe mantener un periodista, el respeto a la verdad.

Con esas cualidades más activas que nunca —y con una memoria ordenada y sistemática—, Xuan Cándano ha recogido en este libro los recuerdos de las palabras y acciones de un montón de hombres que han protagonizado la historia pública de Asturias desde 1975. He escrito a propósito lo de «un montón de hombres». No es que confunda *hombre* con *ser humano*, sino que las cosas son así: de una manera abrumadoramente mayoritaria,

este es un rompecabezas de varones poderosos. Durante muchos años —todo ese periodo que hemos dado en llamar la Transición y aun después—, nosotras apenas estábamos. No nos querían en las fotos, ni en los despachos, ni en esas juergas que algunos se permitieron correrse a costa del dinero y los asuntos públicos, como cuenta Xuan que ocurrió durante un viaje de políticos y empresarios asturianos a Cuba (y seguro que no fue la única vez). No nos dejaron formar parte de todo eso.

Para que no parezca que hago un discurso tópico —pataleta de feminista sin razón ni razones—, acudo a los números, que lo explican muy bien: si repasan ustedes la lista de presidentes del Principado de Asturias, desde su comienzo en 1982 hasta ahora ha habido tan solo hombres, nueve a lo largo de quince legislaturas. Si descendemos en el escalafón, la nómina de las consejerías empieza a ser un poco más animada, aunque sin pasarse: de un total de 143 personas que han ocupado esos cargos en las sucesivas legislaturas, 43 han sido mujeres. Solo un 30 %. Para colmo, esa llegada de cerebros femeninos a los despachos del Gobierno del Principado se hizo con cuentagotas y más bien tarde: ni Rafael Fernández, el primer presidente de la autonomía, ni Pedro de Silva en su primera legislatura nombraron a ninguna mujer para sus ejecutivos. Cero. Como recuerda Xuan Cándano, hubo que esperar hasta 1987, durante el segundo mandato de De Silva, para que dos señoras obtuvieran esas responsabilidades. Fueron Paz Fernández Felgueroso, nombrada consejera de Industria, Comercio y Turismo, y Pilar Alonso, consejera de Juventud. Habría que esperar otros dieciséis años más —¡dieciséis!—, hasta el segundo Gobierno de Vicente Álvarez Areces en 2003, para que el ejecutivo de Asturias se acercase a la igualdad, con sus cuatro consejeras trabajando al lado de seis consejeros.

Claro que en el poder legislativo las cosas tampoco han sido muy diferentes. La Primera Junta General del Principado de Asturias, constituida el 6 de marzo de 1982, nos ofreció la visión de solo siete mujeres sentándose entre los setenta y dos diputados, una del PSOE, otra de Alianza Popular, dos en re-

presentación de UCD y otras tres por el Partido Comunista de Asturias. Un exiguo 9,7 %. Espero que nadie diga eso de que «bueno, es que en aquellos tiempos las mujeres no estaban en política», porque no es verdad. En aquellos tiempos, junto a los compañeros que trataban de construir un nuevo Estado —tanto desde la izquierda como desde la derecha democrática—, había muchísimas mujeres bien preparadas, alejadas del estereotipo femenino impuesto a sus madres y deseosas de participar igual que los hombres en la nueva sociedad. Su ausencia en las listas no responde a la falta de implicación de las asturianas en la actividad política en esas fechas, ni muchísimo menos a sus capacidades, sino a la milenaria obsesión masculina por mantener el control en todos los ámbitos del poder, excluyendo al género femenino.

Cuando escribo este texto, a finales de 2022, las cosas han mejorado notablemente, pero las cifras siguen siendo insuficientes: de entre los cuarenta y cinco diputados de la Junta actual, las mujeres suponen un 42,2 % —diecinueve en total—, sin haber alcanzado todavía ese equilibrio del 50 % de mujeres y hombres, más o menos, que componen la población. En el Gobierno sí que hay, por fin, plena paridad: cinco consejeras y cinco consejeros, aunque tanto el presidente, Adrián Barbón, como su vicepresidente, Juan Cofiño, son obviamente señores.

Nada muy diferente de lo que ocurre en el resto del país y del mundo, por otra parte. Incluso mejor que en otros muchos lugares, seguro. Pero siempre cabe preguntarse si las cosas de Asturias hubiesen sido de otra manera si en vez de tantu paisanu hubiera habido por ahí más muyeres y les hubiesen permitido hacer las cosas de otra manera o, aun mejor, hacer otras cosas diferentes. (Pregunta tan pertinente respecto a nuestra tierra, por cierto, como a la mayor parte del planeta, al menos desde el Neolítico hasta ahora).

Vuelvo al grid casi totalmente masculino que ha montado Xuan Cándano en este libro, con sus nombres, apellidos y cargos, muchos cargos. En este mosaico de caras aparecen políti-

cos, militantes, activistas, periodistas, medios de comunicación —personajes también ellos, y no de los menores—, intelectuales, sindicalistas y hasta arzobispos: todos los que han tenido voz propia en las últimas décadas, desde la muerte de Franco. Son tantos, tan visibles, tan bien identificados, que parece que estén ahí todos juntos, asomados a nuestro ordenador, bien pegados los unos a los otros, tomando decisiones para sí mismos y para los demás, gritando en ocasiones a voz en cuello y otras susurrando en las sombras.

Mientras voy leyendo el libro, voy viendo cómo aparecen uno a uno en mi pantalla, muchos de ellos con aspecto satisfecho, algunos incluso muy solemnes. Pero no están quietos, no. Fíjense bien: por más que luzcan traje y corbata y peinados despejados, la mayor parte de ellos se salen de su propio marco para invadir el marco del de al lado o el de más allá, arriba o abajo, a la izquierda o a la derecha. Se pueden ver puños lanzados con ira, cuchillos volando, zancadillas, llaves de judo, balas con o sin objetivo, patadas bajo la mesa y hasta granadas de mano, de las que a veces le explotan al que las lleva...

Es una visión fea y desoladora, la verdad. Un espectáculo que deja en la boca un sabor bastante amargo. El relato de un país-que-no-es-país, como lo llama Xuan Cándano, una tierra hermosísima sobre la que algún dios burlón debió de echar una maldición: tus suelos serán fértiles, tus aguas ricas, tu paisaje bello, tus gentes nobles y enteras, pero tus sultanes y visires andarán casi todos —insisto en ese «casi»— a lo suyo mientras la borrina cae sobre ti...

¿Qué es «lo suyo»? Creo que Xuan Cándano lo deja bastante claro: a veces la ambición, otras la codicia, la incapacidad, la envidia, la vanidad —hay por ahí tanta vanidad que ni cabe en la pantalla—, los celos, la hipocresía, la ignorancia, el papanatismo y otros muchos vicios humanos. Humanísimos, sí, pero muy penosos cuando se hacen tan visibles porque los padecen sin ningún autocontrol gentes de quienes depende la suerte de los otros. A ratos, este libro podría ser el argumento

de un gran guion de García-Berlanga y Rafael Azcona. Solo que da menos risa, porque sabemos que fue verdad, y al final es una historia en la que abundan las mezquindades, la corrupción, la incompetencia y algo que a menudo es todavía más triste, la complicidad de todos aquellos —y aquellas— que vieron lo que estaba ocurriendo y miraron hacia otro lado, haciéndose los tontos por intereses tan diversos y a veces tan innobles como los de los propios protagonistas.

Hay luces, por supuesto que también hay luces. Relámpagos luminosos a lo largo de los años, unos con más duración y profundidad que otros. Xuan señala alguno fundamental, como la creación de una sanidad pública fuerte (aunque la pandemia de la covid la haya vuelto en estos momentos temblorosa), una red sanitaria de la que enorgullecerse, modelo envidiado en otras muchas comunidades. Y bien que lo sabemos quienes hemos pasado mucho tiempo fuera, en Madrid, pongo por caso.

Hay intelectuales y periodistas respetables —no todas ni todos tan respetados como se merecen—, políticos sensatos, arzobispos valientes, militantes solidarios y gentes de buen corazón, grandes intenciones y neuronas bien entrenadas. Pero de los recuadros en los que se agitan los otros, los de las zancadillas y las meteduras de pata, surge sin parar una niebla constante que lo inunda todo. La borrina esa tan nuestra, que emborrona el grid. Mientras lanzan sus cuchillos, sus puñetazos y sus granadas que autoexplotan, muchos de los rostros van deformándose bajo la nube, y al final lo que queda es un ojo derecho por aquí, un trozo de boca por allá, una oreja —probablemente sin oído— por acullá y un dedo corazón gordo alzándose por el otro lado... (En realidad, de esos hay varios). Igual que en un collage dadá de Hannah Höch, pero sin su gracia.

Y, detrás de todo eso, las cenizas. Las del movimiento obrero, quemado a conciencia en esa fogata luciferina que encendió y atizó José Ángel Fernández Villa, uno de los protagonistas de este libro, y que resquemán especialmente en este rincón del mundo. Las de quienes confiaron en lo que estaba por llegar en

el 75, las de las gentes que se habían jugado la vida y la libertad para que eso llegase, las de las personas honradas y currantes que han perdido la esperanza, las de todas y todos los ausentes a la fuerza, obligados a irse para sobrevivir... El desencanto, como dice Xuan Cándano: «Hubo desencanto porque previamente había habido encanto». ¿Dónde habrá ido a parar todo aquello, el encanto, aquella alegría de vivir, y pensar, y confiar, y crear y creer?

Puede que Xuan Cándano y yo —que compartimos año de nacimiento y muchas experiencias— pertenezcamos a una generación de desencantados. Es probable. Quizás sea que creímos demasiado en todo aquello —pero ¿cómo no hacerlo?—, nos sumamos con entusiasmo a infinidad de cosas mientras nos partían a menudo la cara, y ahora que vamos pa vieyos sentimos el fracaso inevitable de la vida vivida a conciencia... ¿O fue que nos tomaron mucho el pelo? No lo sé, pero ojalá la gente joven vea Asturias de otra manera. Ojalá no tengan nostalgia de lo que pudo ser y no fue ni añoren una dignidad que tal vez nunca existió y que solo soñamos. Ojalá esta tierra que puede ser tan generosa les sobre para lo que necesiten y la borrina no los haga perderse por el camino. Eso espero.

Ay, Asturias. Terminó la lectura de *No hay país* y suspiro. Pero el propio Xuan Cándano me lleva a hacerme otra pregunta: ¿y si todo esto no pasase solo aquí? ¿Se podría escribir otro libro semejante observando con esta misma lucidez la realidad de cualquier otra comunidad autónoma, o la del Estado en su conjunto, o la de algún otro Estado de Europa, pongo por caso? Seguro que sí. Probablemente el grid que saldría de esas otras observaciones no sería muy distinto de este, y los golpes y las zancadillas se le pareciesen mucho, igual que la ambición desmesurada y las infinitas debilidades retratadas.

Quizás —pienso— observar la acción política desde la cercanía nos lleve necesariamente a conclusiones más bien atri-

buladas sobre la condición humana. Puede que sea porque estamos aplicando una lupa enorme, que nos enseña en primerísimo plano las arrugas y los granos. Es probable que todas esas imperfecciones que tanto resaltan sean no solo propias de la clase política, sino comunes a la especie, taras de nacimiento que nos acompañan desde el origen de los tiempos y que seguirán estando ahí hasta el final. (Si es que no son ellas las que provocan justamente el final).

De ser así, ese grupo al que solemos llamar «los políticos» —que tanto juego nos da como punching-ball en los bares, las redes sociales, las tertulias de los medios y los prólogos de libros como este— sería en realidad una especie de espejo que nos refleja a nosotros mismos, a todas y cada una de las personas que componemos la sociedad, con nuestras propias miserias y alguna escasa grandeza. Creo que fue André Malraux quien lo dijo: «No es que la gente tenga el Gobierno que se merece, es que se parece a sus gobernantes».

Esa verdad —porque creo que lo es— me lleva a interrogarme a mí misma, sin tapujos: ¿lo habría hecho yo mejor de haber estado ahí? ¿Lo habría hecho mejor usted? ¿Habríamos sido *nosotros* más inteligentes y honrados que *ellos*, más capaces de sobreponernos a las presiones, las expectativas y el miedo?

Este último interrogante me lleva a otro: ¿no hay acaso un problema en este *ellos* que se opone al *nosotros*? ¿Qué es lo que ha pasado para que se haya producido esta ruptura entre la sociedad y sus clases dirigentes? Y ¿quiénes son los responsables? ¿*Ellos*, *nosotros* o todos? Xuan Cándano ofrece aquí algunas de las claves de este fenómeno que parece estar afectando a todas las democracias burguesas. Y quizás debería seguir escribiendo sobre este asunto. Una segunda parte de este libro, digamos, que dé el protagonismo a quienes permanecen en el anonimato detrás de los retratados en el grid, compañeras y compañeros, amigas y enemigos, votantes y militantes, cómplices y víctimas.

A la espera tal vez de ese libro que sería la otra cara de esta moneda, diré que la lectura de *No hay país* resulta inquietante. Probablemente, creo, este libro se convertirá en un manual imprescindible para conocer muchas de las cosas que han sucedido en Asturias desde la muerte de Franco, en lo político, en lo social y en lo cultural. Pero generará desasosiego, como cuando cae la niebla faltona, esa que lo embarulla todo, como si hubieras bebido un poco de más y no supieras si tu casa está a la izquierda o a la derecha, esa precisamente que cubre el grid de Xuan. Aunque, a ver, seamos sinceros: de nieblas y borrines, las gentes de Asturias sabemos mucho. Además de la faltona, conocemos la niebla atrevida, esa que baja de repente del monte y lo anega todo en un segundo y luego se va tan feliz, como si anduviera de paseo por ahí. La fantasmagórica, que convierte los objetos a nuestro alrededor en espectros. La romántica, la que hace que algunas mañanas la torre de la catedral de Uviéu no exista, como si hubiera caído sobre ella un hechizo. La medieval, que nos hace sentir frío y miedo y desamparo. O la protectora, que nos permite hacer en la esquina de la calle algo poco conveniente pero divertido.

Las conocemos muy bien. Y sabemos que luego escampa. Siempre escampa. Y, cuando escampa, Asturias es una gloria. Entonces tocará cerrar la pantalla, olvidarse del dichoso grid y salir por ahí a celebrar todo lo demás. A seguir p'álante. Que sí, que hoy va a abrir, hombre. Bueno, igual hoy no, pero mañana, seguro...

ÁNGELES CASO

## NOTA DEL AUTOR

**E**ste libro es fruto del trabajo de año y medio, hasta septiembre de 2022. Me sirvieron de herramientas mi memoria —porque de mucho de lo que cuento fui espectador, testigo e incluso protagonista—, amplia documentación, bibliografía de todo tipo e infinidad de entrevistas personales. Estas sirvieron para acceder a información, corroborar datos, conocer opiniones y confrontar diferentes puntos de vista. La mayoría fueron presenciales, con largas y apacibles conversaciones, generalmente en el lugar de residencia del protagonista o en locales públicos. Hubo casos en los que las conversaciones se repitieron.

Algunas personas, muy pocas, no quisieron colaborar durante la elaboración del libro, y sus razones tendrán. Desde luego, a todos los grandes protagonistas de la obra se les invitó a ello. Ahí va el listado de los que sí lo hicieron, en orden cronológico, con mi agradecimiento por ello:

Ramiro Fernández, Antonio Masip, José Luis Fernández, José Ramón Patterson, José Manuel Rad, *Chéfor*, Cheni Uría, Paloma Uría, Toto Castañón, Isidro Fernández Rozada, David Ruiz, Antón Saavedra, José Suárez Arias-Cachero, *Felechosa*, Roberto Sánchez, *Rivi*, Luis Posada, Melchor Fernández Díaz, Ramón García Cañal, Piti Casal, Juan Luis Rodríguez-Vigil, Graciano García, Gerardo Iglesias, Marino Artos, Xuan Xosé Sánchez Vicente, Paco Corte, Aida Fuentes, Jesús Arango, Salvador Fuente, José Álvarez, *Pola*, Álvaro Ruiz de la Peña, Rodolfo Sánchez, Antonio Trevín, Juan de Lillo, Paco Crabiffosse, Emilio Marcos

Vallaure, José Manuel Vaquero, Milio Rodríguez Cueto, Concha Prieto, Lluís Xabel Álvarez, *Texuca*, Xuan Bello, Obdulio Fernández, Ricardo Menéndez Salmón, Bernardo Fernández, Xosé Lluís García Arias, Luismi Piñera, José Ramón Gómez Fouz, Gregorio Morán, Luis Arias González, Rubén Vega, Javier Fernández Conde, Nicanor Fernández, Pedro de Silva, Miguel Somovilla, Paco Ramos, Juan Vázquez, Teresa Sanjurjo, Jesús Sanjurjo, Aníbal Carrillo, David Rivas, Alberto Menéndez, Emilio García-Pumarino, Xuaco López, Sofía Díaz Rodríguez, Toño Blanco, Adrián Pumares, Jara Cosculluela, Fructuoso Pontigo, *Fruti*, Geno Cuesta, Juan Cofiño, Adrián Barbón, Luis Feás, Boni Pérez y Ángeles Caso.

Dos de estas personas, David Ruiz y Toño Blanco, buenos amigos y personas valientes que destacaron en su lucha contra el franquismo y en sus actividades profesionales, fallecieron antes de la publicación del libro, algo que sin duda celebrarían como una fiesta. Vaya para ellos mi recuerdo y mi especial reconocimiento.

# **NO HAY PAÍS**

**CRÓNICA POLÍTICA (Y SENTIMENTAL) DE ASTURIAS  
(1975-2022)**



**E**l día de la muerte de Franco en Asturias no pasó nada, como en toda España. Miedo, mucho miedo y algunas botellas de champán descorchadas sin mucho estruendo en sus casas por los antifranquistas clandestinos, a los que ni locos se les ocurriría seguir la celebración en la calle. Algunos, sobre todo estudiantes de la Universidad de Uviéu, se saludaban sonrientes y cómplices en inocente actitud retardora, porque había duelo oficial y las clases estaban suspendidas.

Hay quien dice que España se acostó franquista, en aquella jornada marcada para siempre en el calendario, y se levantó demócrata, pero eso es retórica con relación a los tiempos de la historia, porque los ciudadanos tardarían aún algunos años en ahuyentar a la dictadura y a sus fantasmas de sus cabezas.

Así fue también en Asturias, entonces un territorio joven en pleno desarrollismo donde abundaba el empleo y donde la resistencia antifranquista tenía a uno de sus grandes referentes, y no solo en España. En especial en las cuencas mineras, vanguardia del movimiento obrero, que vivía sus últimos años de vigor.

Pero tampoco los mineros se movieron aquel día, y eso que tenían una enorme y larga tradición de huelgas y movilizaciones que la dictadura no había podido evitar. En la mina de La Camocha, donde nacieron las Comisiones Obreras, uno de sus fundadores y de los huelguistas en los míticos paros de 1962, Piti Casal, convenció a sus compañeros de que no había que moverse porque no les favorecía «la correlación de fuerzas». El atrevimiento más osado que debió de verse en Asturias el 20 de noviembre de 1975 fue el del Movimiento Comunista,

un partido muy activo en el antifranquismo, que buzoneó por algunos pisos un panfleto previamente redactado para la histórica ocasión en el que se hacía un llamamiento a la lucha. Se repartía por parejas para no llamar la atención de la policía. Uno de aquellos repartidores clandestinos en Uviéu era el abogado Antonio Masip.

En los últimos años, con el dictador anciano y achacoso, se había fortalecido y se había hecho más visible la resistencia antifranquista, convertida ya en un problema para el régimen en los primeros años setenta y en especial tras el éxito de la Revolución portuguesa de 1974, que los más optimistas veían inevitable en España. En aquel plural y clandestino movimiento de oposición los socialistas eran una pequeña minoría, casi irrelevantes. El profesor y economista Ramón Tamames bromeaba en 1979 con el eslogan del centenario del PSOE y decía que era un partido con cien años de honradez y cuarenta de siesta, en alusión a su pasividad durante el franquismo. Asturias, una de las cunas del socialismo español, era uno de los pocos lugares en los que el PSOE tenía alguna incidencia, como en el País Vasco, Madrid y Sevilla, pero era mínima y reducida al valle minero del Nalón, sobre todo a los concejos de Samartín del Rei Aurelio y Llaviana. El minero Antón Saavedra, que llegó a ser el encargado de elaborar unos artesanales carnés clandestinos, calcula que en el valle serían a la muerte de Franco una treintena de militantes, sobre todo veteranos como Pablo, el zapatero de Llaviana, y Avelino Pérez, un ugetista de Llangréu que había huido de la Guardia Civil en las huelgas del 62 arrojándose al río Nalón, para acabar en el exilio en Bélgica.

El protagonismo y hasta la heroicidad en la oposición antifranquista la tenían los comunistas y los cristianos de base, en especial el Partido Comunista de España, que estaba en la época de su mayor grandeza histórica, si recordamos el título del esclarecedor libro de Gregorio Morán (*Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*) y la repercusión e influencia pública de sus actividades clandestinas. Tanto era su prestigio

y tan relevante su papel político que para quienes estaban en aquella sacrificada tarea de derribar al franquismo, saldada con el fracaso, era simplemente el Partido, sin más añadidos. Porque era el único organizado. Lo estaba en los centros de trabajo, y no solo en las minas, en la Universidad y en ámbitos profesionales. El líder era un veterano dirigente con muchos años de cárcel a la espalda y un escurridizo militante en la clandestinidad, una auténtica obsesión para el comisario Claudio Ramos, jefe de la Brigada Político-Social: Horacio Fernández Inguanzo, *el Paisano*. De su magisterio —el político, porque el Paisano era uno de aquellos represaliados maestros de la República— lo había aprendido todo un joven minero y valiente comunista, también habitual visitante de las comisarías y las cárceles franquistas, donde más de una vez había recibido malos tratos sin llegar a conocer a ningún socialista: Gerardo Iglesias. De los ámbitos académicos e intelectuales provenía una figura emergente en el Partido, el matemático gijonés Tini Areces.

Los cristianos antifranquistas, a los que llamaban vaticanistas por ser seguidores del aperturista Concilio Vaticano II de 1962, tenían presencia en el movimiento obrero, en las cuencas mineras y en Xixón. Había curas rojos y obreros, muy conocidos por su activismo más allá de las parroquias, con los que era comprensiva la jerarquía eclesiástica, encabezada en el tardo-franquismo por un arzobispo de Uviéu muy progresista, Vicente Enrique Tarancón. Cuando llegó a presidir la Conferencia Episcopal, por lo que ofició el funeral de Franco, se convirtió en la bestia negra de la ultraderecha, que gritaba y pintaba en las paredes «Tarancón al paredón». Entonces Asturias era tierra que imponía respeto en España, por su izquierdismo y la fuerza de su movimiento obrero, y la Iglesia era sensible a ello enviando a arzobispos progresistas. El sucesor del valenciano Tarancón, en su misma línea, fue el toledano Gabino Díaz Merchán.

Los vaticanistas ya estaban organizados desde los años sesenta y tuvieron mucha participación en las históricas huelgas del 62, prolongadas el 63, cuando el mito de la Asturias rebelde

enfrentada a la dictadura tuvo eco en toda Europa. En buena parte por la agitación en el mundo de la cultura: Pablo Picasso dibujó en su exilio de París una lámpara minera que se convertiría en un icono de la resistencia antifranquista, y en Madrid un grupo de intelectuales, encabezados por un anciano Ramón Menéndez Pidal, desafiaban a la dictadura con un escrito denunciando la represión en las cuencas.

Piti Casal era entonces un minero veinteañero, menudo y revoltoso, que había salido de la Juventud Obrera Cristiana (JOC) antes de estar en el núcleo fundador de las Comisiones Obreras y militar en el PCE. El comunismo, y el socialismo más tarde, fue el destino final de muchos de aquellos cristianos comprometidos. Tal era la hegemonía del PCE en la izquierda que a uno de los curas que fundó la JOC, Pepe Álvarez Iglesias, lo llamaban *Pepe el Comunista*, aunque toda su vida fue un socialdemócrata.

Si los jóvenes cristianos comprometidos militaban en la JOC, los mayores lo hacían en la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC). La JOC y la HOAC organizaron juntas en Xixón, en 1961, la primera manifestación autorizada claramente crítica con la dictadura en Asturias. Convocada contra los bajos salarios y por el derecho al trabajo, partió de la iglesia de San José, lugar habitual de encierros de protesta, hasta el teatro de Los Campos. La encabezaban una veintena de curas de sotana. En un tren que trajo a muchos manifestantes desde Llaviana, que inspiraría al Tren de la Libertad de las feministas casi medio siglo después, vino una joven activista de la JOC llamada Aida Fuentes, una de las oradoras en las intervenciones finales.

De las incursiones de los vaticanistas en el mundo del trabajo nacería la Unión Sindical Obrera, muy vinculada a Asturias. Los mineros Paco Corte y Severino Arias, que penó muchos años en cárceles franquistas, fueron algunos de sus fundadores. También Eugenio Royo, dueño de la empresa vasca Fagor, un empresario muy influenciado por un joven cristiano de L'Entregu que destacaría luego como economista: Manuel Jesús González. Todos eran seguidores del cardenal belga Joseph

Cardijn, volcado con los trabajadores y propagador del sindicalismo católico.

De la constelación de partidos y grupúsculos a la izquierda del PCE en Asturias destacó uno por su organización, su peso social, su dinamismo e incluso por su creatividad: el Movimiento Comunista d'Asturies (MCA). Fue en buena parte heredero, como otras organizaciones, del Frente de Liberación Popular (conocido como el Felipe), donde militaban estudiantes universitarios radicalizados, muchos de ellos hijos de vencedores de la guerra civil. Uno de sus fundadores en Madrid fue el ovetense Nacho Quintana, que extendió por Asturias al Felipe, en el que estuvieron Juan Luis Rodríguez-Vigil, Antonio Masip, Toto Castañón y Juan Cueto, entre otros. Bebían de las revoluciones del tercer mundo, del maoísmo, la revuelta argelina y, sobre todo, de la exitosa experiencia de Fidel Castro en Cuba. Refugio de utopías, sesudas disertaciones intelectuales y conspiraciones de todo tipo para derribar a la dictadura, en Asturias solo contaban con un obrero, Piti Casal. El Felipe nació en 1958 y se disolvió en casa de Nacho Quintana en Madrid en 1969.

Poco después algunos de los activistas del Felipe montaron en Asturias el MCA, cuyo origen estuvo en el País Vasco. Entre ellos estaban Cheni Uría y Miguel Rodríguez Muñoz. Del Felipe, el MCA heredó un ideario, pero también una multicopista que sirvió para imprimir propaganda contra el régimen. Según fue creciendo, el partido llegó a tener una pequeña imprenta en Uviéu en la que tiraba el periódico nacional *Servir al Pueblo* y el asturiano *Octubre*. Los clichés los recogían en Francia. Los periódicos se depositaban en Sonytel, una tienda de televisiones y aparatos de sonido situada al lado de la estación de los Alsas de Uviéu, propiedad de un militante del MCA. Desde allí los repartía una red de repartidores silenciosos.

Es solo una muestra de la actividad y la presencia pública de un partido que pronto renunció al maoísmo para abrirse a otras corrientes del marxismo, la izquierda y los nuevos movimientos sociales, como el ecologismo, el antimilitarismo o

el asturianismo, donde el MCA fue vanguardia, hasta el punto de que elaboró un anteproyecto de estatuto de autonomía en 1979. Un año antes tenía 210 militantes, y dos después, unos 500. Su peso fue también cualitativo. Esa militancia estaba entre los profesionales, muchos de ellos médicos jóvenes como Carlos Ponte, Evaristo Lombardero, Félix Payo, Eloína Fernández o Pepita Fernández, profesores como Miguel Ramos Corrada y Xosé Bolado, pero también entre los obreros, sobre todo en la minería, donde tuvo líderes sindicales en CC. OO. como Javier Carnicero, sin olvidar el movimiento vecinal del que fueron impulsores, como en La Calzada. En el barrio gijonés, el más combativo de Asturias en aquellas fechas, agitó la lucha desde el despacho laboralista donde trabajaba el abogado del partido Juan Carlos García Miranda. Antonio Masip, pareja de Eloína e hijo del exalcalde franquista de Uviéu, Valentín Masip, también estaba en el MCA, aunque nunca lo admitió públicamente. Los militantes, muy abnegados, pagaban un nada pequeño porcentaje de su sueldo al partido. En las primeras elecciones municipales tuvieron concejales en Mieres, Salas y Cangas del Narcea.

Cheni Uría, un universitario ovetense, era la cara más visible del MCA y su representante en la Plataforma Democrática, que impulsaba el PSOE. La policía le seguía los pasos desde cuando estaba en el Felipe, pero solo lo detuvo una vez. En el estado de excepción de 1968 Cheni se ocultó en la casa de León donde entonces vivía Emilio Marcos Vallaure, que también acogió a otro estudiante de la Universidad de Uviéu, José Antonio Martínez. Peor suerte corrieron unas militantes del MCA de Avilés, golpeadas brutalmente en la comisaría de policía de Avilés en septiembre de 1975. A una la llegaron a violar con un vergajo. A otra, Choni Álvarez, entonces estudiante de Geografía e Historia en la Universidad de Uviéu, la obligaron a comerse un ejemplar de *Mundo Obrero*, el periódico del PCE.

El MCA fue pionero en la reivindicación y el uso de la lengua asturiana, una de sus preocupaciones en el mundo de la cultura, donde tuvo mucha visibilidad en ámbitos como las artes plásti-

cas. Llegó a tener un grupo de teatro de agitación callejera, La Curuxa Enfocicá, una iniciativa de Juan Manuel Freire. También fueron muy populares sus carteles, artísticos, subversivos e irónicos, contra la monarquía y otros poderes institucionales, donde se veía la mano de uno de sus militantes más conocidos, el abogado Toño Blanco, hijo del temido cabo Blanco, un policía municipal franquista de Mieres.

Durante el tardofranquismo y hasta las primeras elecciones de 1977 el MCA mantuvo buenas relaciones con el PSOE; incluso ambos partidos organizaron un mitin republicano conjunto aquel mismo año en Tuña, el pueblo natal del general Riego, en el que participó José Maldonado, el último presidente de la II República en el exilio, aunque en los prolegómenos tuvieron bronca por el orden de las intervenciones. La del MCA corrió a cargo de Paloma Uría, hermana de Cheni, y la final, del socialista Luis Gómez Llorente.

Pero ni los mineros, ni los comunistas, ni los católicos de izquierdas habían visto la caída del franquismo por la oposición popular, como en Portugal, porque el dictador murió en la cama de un hospital, eso sí, con un sufrimiento comparable al que provocó a tantos ciudadanos. Ese pecado original de la transición española sería su principal lastre. La democracia llegaría por las alturas.

